

Interesantes revelaciones sobre Mr. Carnegie.—Cómo el partido anti-nacionalista fue muerto al nacer por el trust del acero

R. F. PETTIGREW

ex-Senador por South Dakota

(Reproducido de "The New York Call")

Un periodista me preguntó el otro día si yo había tenido amistad con Andrew Carnegie. Respondí que sí, que tuve ocasión de conocer a Mr. Carnegie muy bien durante muchos años. La primera vez que tuve ocasión de tratarle íntimamente fué cuando se discutió tanto en el Senado el asunto de la anexión de las islas Haway. Yo inicié la oposición a la anexión de estas islas, basándome en que estaban a 2,100 millas de nuestra costa, en el centro del Pacífico y de camino hacia ninguna parte. Alegué también como razón general de mi oposición, que estábamos inaugurando un sistema colonial e imperialista; que estábamos anexándonos territorios habitados por gentes no adaptables a nuestra forma de Gobierno y que nuestra política presentaba cada vez más los perfiles de una política de Imperio. Carnegie fué de la misma opinión y en el curso de los debates vino muchas veces a mi casa en Washington a hablar conmigo sobre el asunto.

Al mismo tiempo estaba yo investigando la cuestión de la distribución de la riqueza en este país, y le enteré de mis puntos de vista, y, finalmente, hice un discurso en el Senado sobre dicho asunto. Mis opiniones eran prácticamente las mismas de Carnegie, esto es, él estaba enteramente de acuerdo con el discurso que yo hice. Entonces él no era todavía tan enormemente rico como llegó a ser después.

El día 6 de Enero de 1900, se me invitó a una conferencia en New York para tratar de la cuestión del imperialismo y de la posibilidad de la anexión de las islas Filipinas, el Haway y las Antillas españolas. En resumen; se iba a tratar la cuestión trascendental de si emprenderíamos o no resueltamente la política imperialista. La reunión se celebró en el hotel Plaza de New York, y estaba presente Mr. Carnegie, de igual modo que Carl Schurz, ex-Senador Henderson, Gamaliel Bradford, y otros catorce cuyos nombres me es difícil recordar en este momento. Todos eran hombres prominentes y todos se oponían resueltamente a cualquier

movimiento político que aspirase a adquirir colonias contra la voluntad de sus habitantes y a gobernarlas en violación de la Constitución y de la Declaración de Independencia. Hablamos todo un día. Nos hicimos traer la comida al salón de la conferencia y acabamos por decidir unánimemente que organizaríamos un tercer partido político. Carnegie, Schurz, Henderson y el Profesor Giddings de la Universidad de Columbia, convinieron en que los dos viejos partidos políticos, el demócrata y el republicano, eran casi iguales, que no diferían en principio sobre ninguna cuestión y que, como tales partidos, sólo eran los sirvientes de las grandes combinaciones.

Mr. Carnegie, en un discurso muy vigoroso, hizo presente la necesidad urgente de que se constituyera un nuevo partido político con el fin de oponerse a la política imperialista de los dos partidos viejos y declaró que él daría tanto dinero como dieran los demás reunidos para los fondos de la campaña. Finalmente se suscribió con 25,000 dólares y todos los demás suscribimos otros 25,000. Escogimos a Edward Burritt Smith, de Chicago, para Presidente de la nueva organización política y le autorizamos para que, juntamente con el Comité que también había sido constituido, se hiciera cargo de la campaña a fin de que no quedara lugar ninguno en los Estados Unidos sin un Comité de propaganda representante de nuestro nuevo partido. Los más interesados y entusiasmados con la nueva campaña eran, por cierto, Carnegie y Carl Schurz.

Por supuesto, no tardó en saberse en todo el país que nosotros estábamos tratando de organizar un tercer partido político apoyado por Andrew Carnegie. Carnegie pagó quince mil dólares de los veinticinco mil que había suscrito y nosotros pagamos otros quince mil, lo que hacía ya una buena suma para empezar. A mediados de Febrero recibí una carta de Mr. Smith en la que me pedía que viniera a New York. Fuí a verle y me dijo que Carnegie se había negado a pa-

gar más dinero y que les había sido imposible verle más; que no venía ya a la oficina y que todo esfuerzo para acercársele había resultado inútil. Me rogó que me viese con Mr. Carnegie en seguida y que le preguntase por qué había abandonado el asunto. Fui a ver a Mr. Carnegie, pero me fué imposible llegarme hasta él. Me fuí entonces a Wall Street, donde visité a algunos amigos de los que mayor interés tenían en los asuntos nacionales, empeñándome en averiguar por qué Carnegie había abandonado su idea de organizar un nuevo partido para combatir las tendencias imperialistas de los dos partidos viejos. No tardé mucho en saber la verdad.

El «trust» del acero era entonces el tema de las conversaciones y planes de las grandes combinaciones capitalistas del país y Carnegie era una de las personas engolfadas en la negociación. Los planes estaban ya tan adelantados que habían acordado en firme los siguientes puntos: primero, organizar una corporación con mil millones de dólares de capital, de la cual suma no habría que pagar ni un centavo, pues era todo valor nominal; segundo, emitir bonos por valor de cuatrocientos millones de dólares, para pagar con ellos las propiedades y comenzar la explotación; y, tercero, de estos cuatrocientos millones de dólares, darle a Carnegie cieno sesenta millones en bonos, reconociéndole además su parte proporcional en el total de las acciones del trust.

Pero cuando los señores de la combinación se enteraron de que Carnegie estaba trabajando para constituir un tercer partido político, nombraron seguidamente una comisión para que le viese y le hiciese presente que ellos no darían un paso más en el asunto del «trust» del acero, a menos que él

desistiese de su idea del tercer partido y se negase a contribuir más para los fondos de dicha propaganda, por cuanto—alegaban ellos—era absolutamente necesario que hubiese una tarifa protectora para justificar la organización del «trust» del acero y para lograr una tarifa que les conviniese era necesario elegir a McKinley. Le convencieron de que la organización de un tercer partido pondría en peligro la elección de su candidato a la presidencia y no se lograría la tarifa deseada, y como ellos iban a capitalizar esta tarifa emitiendo acciones por las cuales no habían de pagar nada, si él se empeñaba en seguir adelante en sus gestiones, ellos por su parte desistirían del plan.

Después de esta entrevista, Carnegie abandonó totalmente la campaña para el nuevo partido y se metió hasta el cuello en la propaganda para llevar a la presidencia a McKinley. Triunfante éste, la organización del «trust» del acero fué un hecho y Carnegie recibió sus ciento sesenta millones de bonos y su parte proporcional en las acciones de la corporación. Desde entonces se retiró de la vida activa de los negocios y empezó a erigirse monumentos por todo el mundo. Tenía entonces unos 65 años de edad.

Se formó en Centro América una Liga de Naciones, compuesta de las cinco repúblicas centro americanas, que entonces tenían una población total de unos cinco millones de almas, y Carnegie donó cien mil dólares para un palacio de mármol donde la Liga de Naciones se remitiese a expedir sus decretos. El palacio se construyó en la república de Costa Rica, pero no está ya en activo servicio, pues la Liga de Naciones sólo celebró una sesión... después de la cual se dedicó a la guerra.

Niños sin alimentos

WILLIAM L. CHENERY

(Del "New Republic")

Un niño de cada cinco en los Estados Unidos está actualmente padeciendo de los efectos del hambre. Este es el cálculo del doctor Thomas D. Wood, presidente de la Comisión para los problemas de Higiene relacionados con la Educación, en el Consejo Nacional de Educación. El doctor Wood estima que un veinte por ciento por lo menos de todos los niños americanos en las escuelas, o sea, unos

4,500,000, carecen de la necesaria alimentación. Otro médico, el doctor William R. P. Emerson, reputado como una autoridad en Boston, ha dado una cifra aún mayor. Este doctor Emerson declara que los niños mal nutridos no bajan de una tercera parte de los niños todos del país. Este horrible de cosas existe en América, la decantada tierra de la abundancia. Los cálculos no han

sido hechos por agitadores. Son cálculos de científicos conservadores, que han elevado al «Children's Bureau» federal hechos que han tenido ocasión de comprobar escrupulosamente. Las causas que se dan para explicar el fenómeno son la pobreza y la ignorancia. Las opiniones difieren en cuanto a qué factor de estos es el más importante.

Una de las consecuencias de este mal es que las escuelas públicas no pueden alcanzar jamás un grado de eficiencia razonable. Otra es que desde un veinte a un cuarenta por ciento de los que pasan por las escuelas elementales, son físicamente deficientes. Y el resultado final es que, según se comprobó por los exámenes para la admisión al servicio militar, una gran parte de la población presenta defectos que no sólo les incapacitan para el servicio militar, sino que demasiado a menudo les incapacitan también para el desempeño de las funciones ordinarias de la vida.

Hasta qué punto son horribles los efectos que se derivan de la falta de nutrición, es cosa que se desprende claramente de los informes que empiezan a venir de aquella parte del mundo en que han escaseado los alimentos durante la guerra. La capacidad para el trabajo y la resistencia a las enfermedades, especialmente a la tuberculosis, se reducen considerablemente. El doctor Graham Lusk, de la Universidad de Cornell, ha informado al Gobierno americano acerca del efecto que en el bienestar de la nación determina la carencia de alimentos. Lo que sucedió en Alemania durante la guerra, arroja más luz todavía sobre este proceso.

La destrucción de la cosecha de patatas en 1916, llevó a la sustitución de las patatas por los nabos en la dieta alemana, tanto en las ciudades como en las regiones industriales. De los efectos de esta dieta, declara el doctor Lusk, la población no se repuso nunca. Se le hacía creer al pueblo que debía felicitarse por su pérdida de peso. Sin embargo, una investigación secreta llevó a conocimiento del Ministro de Sanidad los efectos crudos y extendidos de la dieta en el seno del pueblo. El pensamiento dominante fue desde entonces obtener una cantidad suficiente de alimento. La iniciativa había desaparecido. Una depresión general se hacía notar en todos los ánimos. Los niños—se dijo—se olvidan de reír, de gritar, de jugar.

Según el doctor Lusk, a principios del año 1918 llegaron a Londres informes de que las compañías de seguro habían notificado al Gobierno alemán del alarmante decaimiento en la salud del pueblo. Las pérdidas ocasionadas por la mala nutrición se llegaron a considerar más desastrosas que las debidas a las operaciones militares. El doctor M. Rub-

ner, cuyo informe publicado en un periódico médico de Berlín, ha sido muy comentado, sostenía que ciertas personas de alta posición oficial habían prohibido que continuase la investigación sobre la salud pública. Este solo dato revela por cuanto tiempo el imperio alemán se mantuvo bamboleante al borde del abismo.

En Alemania la proporción de tuberculosos se elevó al doble durante la guerra. Ahora ha escalado el nivel mismo a que llegó hace un cuarto de siglo. El hambre produce esterilidad en las mujeres. La leche materna se fué agotando. Una dieta compuesta de pan y patatas condujo al escorbuto, tuberculosis, raquitismo y anemia en los niños. Las enfermedades nerviosas se agravaron y las anomalías constitucionales aumentaron. La ausencia de buena mantequilla resultó en una paralización del desarrollo físico y en curiosas afecciones de la vista. Esta enfermedad y la del crecimiento interrumpido son producidos artificialmente en las ratas jóvenes con sólo privarlas de la vitamina contenida en la grasa de la mantequilla.

La guerra en cuanto se refiere a los alimentos se convirtió en un laboratorio de la civilización. Se llevaron a cabo experiencias que hubieran sido imposibles en otros tiempos. Hombres, mujeres y niños eran los sujetos en que se registraban las penalidades que la naturaleza imponía por una transgresión de las leyes de la vida. La guerra alteró las condiciones en que vive el género humano como un hombre de ciencia altera las condiciones en que los ratones blancos y los conejillos de indias se multiplican. La vida en el nuevo y difícil medio de la guerra se convirtió en una cosa nueva. Es ahora posible, por consiguiente, derivar de estos grandes experimentos conclusiones que tienen gran peso para los presentes días de paz.

Los países de la Europa Central castigados por el hambre deben enseñar las lecciones que la civilización ha tenido durante demasiado tiempo necesidad de entender y practicar. Pues lo que ha ocurrido en Bélgica, Alemania, Austria, Polonia, Hungría y Bohemia durante los años en que casi todos carecían de alimentos, indica lo que constituye la costumbre en este país en una escala más baja y menos trágica. Por un lado los doctores informan que de una quinta parte a una tercera parte de los niños de escuela americanos, carecen de la necesaria nutrición. Por otro lado, economistas del Gobierno informan que ni ahora, ni en ningún tiempo antes de que tengamos noticia, ha tenido el pueblo todo lo suficiente para costearse el mínimo de las cosas esenciales a una vida decente. Entre aquellos que sólo

alcanzan las más bajas pagas todo se sacrifica a la comida. Lo vano, lo inútil de este esfuerzo se ceba de ver con sólo el cálculo de los millones de niños mal nutridos que existen.

Y sin embargo, la ciencia está ahora descubriendo que los muchachos en período de crecimiento necesitan más alimento para su desarrollo normal que el que necesita el hombre aun en medio de las más rudas labores. Los muchachos de doce y de trece años que man más cantidad de alimento que los hombres. Su metabolismo, como se le llama, es un veinticinco por ciento mayor. Los fuegos de la vida según los estudios hechos en el Hospital Bellevue, requieren más combustible cuando el muchacho tiene doce que cuando tiene catorce años. Un hombre de tipo corriente, trabajando fuerte, se estima que necesita tres mil quinientas calorías de alimentación al día. El doctor Lusk comunicó al «Bureau de los Niños» que los muchachos americanos en la escuela St. Paul consumían quince mil calorías diarias. Los niños de escuela ingleses, aun en los días de mayor escasez durante el invierno de 1918, consumían una cantidad de alimentos que los científicos estimaban en tres mil quinientas calorías. En aquel tiempo la Comisión Científica Inter-aliada descubrió que sólo tres mil trescientas calorías por hombre al día eran posibles en Inglaterra. En Eton y en Harrow, donde el patriotismo obligó a los muchachos a disminuir voluntariamente sus raciones, muchos perdieron en peso y sufrieron quebrantos de salud.

Lo que sucedió a los niños de los países beligerantes cuando tuvieron que disminuir sus raciones demasiado, muestra a las claras lo que está sucediendo de una manera menos visible donde quiera que los niños están mal alimentados. Las enfermedades y la debilidad que se hizo tan general en Europa indican los peligros para este país que puede encerrar una proporción tan grande de niños

mal alimentados. Por fortuna, es muy fácil descubrir qué niños son los que están padeciendo de falta de alimento. El doctor William R. Emerson aboga a este fin por el establecimiento de clínicas de nutrición en las escuelas públicas. El simple procedimiento de pesar y medir a cada niño indentificará a aquellos que no reciben el necesario alimento. Un niño que habitualmente presenta un siete por ciento de desproporción entre su peso y su talla, pertenece, según el doctor Emerson, a este grupo.

En Boston, en New York y en otros sitios se han encontrado métodos para traer a los niños que no están en su peso normal, a causa de la mala nutrición, al peso adecuado para su edad y estatura. Esto se consigue por medio de clases de nutrición. En estas clases por lo menos algo puede hacerse para desvanecer la ignorancia que hay en el fondo de muchos de los casos de mala nutrición. Tanto a los padres como a los niños se les instruye sobre este punto. Pero después que las leyes de la dieta correcta se aprenden, el problema de la pobreza continúa planteado. Y este problema no puede dejarsele ni a las escuelas ni a los médicos. La nación misma tiene que buscar el remedio para tan grave mal. El cuadro patético de los niños sin la necesaria nutrición a quienes el destino reserva para asumir las responsabilidades del futuro bienestar de esta república, debe seguramente elevarnos sobre nuestro egoísmo lo suficiente para justificar la suprema empresa de abolir la pobreza. Mientras no hagamos eso, no podemos sentir que hemos sido fieles a la tradición americana de una oportunidad igual para todos.

 (N. del D.)---Si esto sucede en los Estados Unidos, país tan enormemente rico y donde se profesa tanto amor a los niños. ¿qué no sucederá en el resto del mundo? ¿Qué horribles cosas nos contaría una buena estadística acerca de la condición de los niños en nuestros países hispano-americanos?



Nuestros Profesores de Idealismo en América

JULIO R. BARCOS

APUNTES PARA UN ENSAYO CRÍTICO SOBRE LOS VALORES NEGATIVOS Y POSITIVOS DE NUESTRA CULTURA INDO-ESPAÑOLA

Agustín Alvarez: Moralista y psicólogo de nuestras costumbres criollas

XII

AGUSTÍN Alvarez es intelectualmente el heredero colateral de Sarmiento como escritor de médula y como crítico realista de nuestras costumbres indoeuropeas envasadas por regla general en ideas rancias, supersticiones seculares y resabios ancestrales del salvaje aborigen con ingerto de español. Tiene dos grandes virtudes como crítico y moralista: conoce a fondo la psicología de nuestros pueblos criollos y tiene el dón de la sinceridad para expresar cual ningún otro escritor argentino, fuera de Sarmiento, en un lenguaje exento de convencionalismos y afeites pero sumamente pintoresco y cáustico, la verdad, la verdad desnuda, es decir, la verdad resplandeciente respecto del sinnúmero de chifladuras falsamente románticas mezcladas al tartufismo ingénito de una colectividad santurróna y pícara, atmósfera que envuelve, como la vaina a los granos de la habichuela, la personalidad intelectual y moral del hispano americano.

Imbuído de los ideales prácticos de la cultura sajona, sus autores predilectos son británicos y norteamericanos. Reñido con el budhismo enervante de la religión católica que compaginaba tan bien con la pereza mental del indio, haciendo aún más abúlicos a estos desventurados pueblos, los cuales todavía hoy creen que el progreso se hace encendiendo velas a las ánimas benditas del purgatorio y no alumbrando la inteligencia de las generaciones vivas con la educación científica; partidario acérrimo del «self government» o el «self control» en contra del «sprit moutonier»

que prevalece en nuestra moralidad individual y colectiva; devoto del culto de la veracidad frente al vicio hispano americano de la mentira que es hermana gemela de la duplicidad moral; partidario de la higiene personal en oposición al hábito del lujo exterior sin el hábito del aseo interior (para él el problema social de los pueblos criollos es un problema de agua y jabón); apóstol del cultivo de las virtudes intrínsecas de la personalidad en contra del espíritu de preeminencia que afiebra a los hombres de esta parte del Continente que se llama Hispano América; defensor de la educación técnica que es el Mesías de la liberación económica individual y social, para combatir el estúpido afidalgamiento de una raza que menosprecia el trabajo material y eleva la haraganería y el parasitismo al rango de aristocracia; partidario de la irreductibilidad moral del carácter en contra del primitivo culto del coraje o sea el del matonismo que ha llenado la América de guapetonos, caudillos y bandidos que tienen perpetuamente en jaque el honor, la vida, la hacienda de las gentes de bien y el imperio de la ley; propagador del «hábito de pensar» contra el automatismo mental de nuestros hogares y escuelas, etc., etc.; imbuído de estas ideas, Don Agustín Alvarez saca a flote del fondo de nuestra psicología criolla, en forma de hechos, anécdotas y observaciones abundantes, un montón de preocupaciones y vanidades que son el veneno inagotable de nuestras imbecilidades típicas. Escribió una serie de artículos extensos que luego recogió en uno de sus mejores libros, artículos que se pu-

blicaron bajo el llamativo epígrafe de «Manual de Imbecilidades Argentinas», título que después reemplazó al editar el libro por el de «Manual de Patología Política», sin duda convencido, de que no eran tales imbecilidades patrimonio exclusivo de un país sino el patrimonio general de todos los pueblos de la raza. Y en efecto, yo estoy seguro de que al leerlo cualquier venezolano o colombiano o centroamericano, no podrá menos de exclamar: si parece que este libro fuera un espejo de las costumbres de mi país!

Agustín Alvarez es el pensador cuyas ideas equidistan de un modo perfecto entre las de Alberdi economista y sociólogo y las de Sarmiento civilizador y pedagogo. Forman estos tres cerebros la «santísima trinidad» de la filosofía realista en la intelectualidad argentina. Ha tenido Don Agustín Alvarez, a raíz de su muerte ocurrida hace pocos años, panegiristas, pero no críticos. He leído con el afán de ver centralizadas sus ideas en una tesis filosófica, original, propia, los libros que el doctor Ingenieros le ha editado en su colección de «La Cultura Argentina», pero no he encontrado, incluyendo un bonito artículo de Joaquín V. González, sino loas más o menos vaporosas y retóricas. Yo creo que se puede extraer una filosofía personal que nos dé el fondo y la unidad del pensamiento de tan eficaz moralizador de nuestras costumbres. Sostiene Don Agustín Alvarez (escribo estas líneas sin tener ninguno de sus libros a mano) que el mundo físico que nos rodea hace al hombre físicamente, pero que el hombre hace, a su turno, el mundo moral que lo envuelve con la potencia de sus ideas. Si este mundo moral es como el que pinta él en Hispano América, se debe a que está hecho por ideas anacrónicas, caducas, averiadas y enfermas. En contraste con este mundo moral nuestro, opone el ejemplo del ambiente moral de pueblos mejor civilizados, es decir, de pueblos donde imperan ideas de la vida superiores a las nuestras, verbigracia: Inglaterra.

Es más, al revés de los sociólogos pseudo-biologistas que sostienen que las condiciones naturales del medio físico transforman no sólo material sino también moralmente al hombre, Agustín Alvarez sostiene que el hombre es, en realidad, quien puede cambiar las condiciones físicas del medio en que vive con los poderes desarrollados por su inteligencia. Alvarez puso toda su fé en el hombre, pero en el hombre que ha logrado emancipar su conciencia de la superstición y el fanatismo. La prédica de Agustín Alvarez como muy bien lo subraya Ernesto Nelson, «se encamina a destruir la erecencia en el mi-

lagro: del milagro en la luz, del milagro en la instrucción, del milagro en la religión.» Tampoco comulga con los prejuicios de raza, forma nueva y más terrible del fanatismo moderno que no cesa de desencadenar monstruosas hecatombes fraticidas sobre la Tierra.

“La incapacidad para el progreso no proviene de la raza, sino del caudal de supersticiones viejas que hacen al hombre inadecuado para las ideas y sentimientos modernos.”

“Nadie nace fanático, supersticioso, fetichista.” “El individuo físico depende de la sangre, pero el individuo moral depende del ambiente en que nace y crece.” “El ser físico se crea en la matriz de la madre, pero el moral se crea en la matriz de la sociedad.”

Y replicando a los teorizantes de laboratorio que despotrican sobre las razas aptas o ineptas para la civilización, afirma con genial claridad que “Una raza no se mejora por una transformación étnica, sino por su transformación mental.”

Cuando habla de transformación mental no se refiere a la que produce la cultura general que se adquiere en los colegios y universidades, la cual se reduce a anuclar la inteligencia de conocimientos y nociones más o menos teóricos, sino a la educación completa que se traduce en «la aptitud de pensar y obrar» por cuenta propia.

Refiriéndose a nuestros sistemas educacionales, dice: “Nosotros no hacemos la educación que precave contra los «yerros» sino la educación intelectual que precave contra los errores y así hemos visto coincidir el máximo de desvergüenza con el máximo de ilustración.”

Otro de los puntos cardinales de sus doctrinas es el que se refiere a las «ideas» que tiene cada individuo del mundo y la vida, para guiarse por caminos de perfeccionamiento o empeoramiento. Toda sociedad humana está compuesta por individuos de ideas automáticas e individuos de ideas innovadoras, los cuales constituyen la doble fuerza moral que mueve las colectividades hacia atrás o hacia adelante, hacia el pasado o hacia el futuro, hacia el regreso o hacia el progreso de la civilización, según la preponderancia de una u otra. Clasificadas dichas colectividades con el nombre de pueblos o naciones, estos se dividen en pueblos bárbaros, semi-bárbaros y civilizados, según predomine en su totalidad o en su mayoría el automatismo espiritual a que me he referido. Al lector toca clasificar en una de las tres categorías estos nuestros pueblos de América.

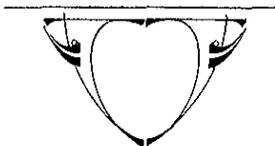
Dice don Agustín Alvarez, refiriéndose a

esta doctrina que pudiéramos apellidar biológico-psicológica: "Las ideas como los seres vivos se propagan por «fecundación bisexual» como los organismos superiores; o por «esiparidad» que es propio de los organismos inferiores del reino animal, que se multiplican sin conjunción sexual por simple tradición de la vida del organismo troneal a las partes segregadas para constituir nuevos organismos en una serie de pseudo generaciones, al cabo de las cuales la especie vuelve a reconstituirse por fecundación bisexual." "Tal las ideas intertas que han ido pasando de la mente de los padres a la mente de los hijos por simple tradición." ¿No es a la par que profundamente sugestiva a fuer de lógica, sabiamente estimuladora para las inteligencias nuevas a fuer de optimista en cuanto al poder de las ideas para desbarbarizar, desfanatizar, destradicionalizar costumbres, instituciones y formas antienadas de la vida humana en las sociedades de nuestra América, esta doctrina moralizadora de Agustín Alvarez? Y, no creen los intelectuales sin anteojeas conservadoras que no podía darse mejor oportunidad que la presente para hacer con tales ideas su bruñido escudo de batalla, y mezclarse a la contienda de las ideas revolucionarias en pugna con las ideas tradicionalistas, animados por el espectáculo del grandioso drama social contemporáneo en el que estamos viendo derrumbarse un mundo viejo y podrido para dar paso a un orden nuevo de cosas que por ser nuevo ha de re-

sultar, fatalmente, más grande, bello y generoso para la humanidad?

Europa acaba de realizar un titánico esfuerzo en la Historia. Y nuestra América, esta América de Colón, nieta del Cid e hija de Don Quijote, ¿qué ha hecho hasta ahora de grande, noble, original y característico para ocupar con honor y orgullo un lugar prominente en la Historia moderna, al lado de los pueblos que vienen guiando la marcha del género humano? Toca, especialmente, a los hombres jóvenes de esta América la misión de iniciar en el espíritu público una transformación de la conciencia social, que convierta las muchedumbres populares en colectividades pensantes, para que dejen de ser el inerte pedestal de los despotismos y se transformen en la Roca Tarpeya de los tiranos, y para que en vez de constituir el suelo impermeable del «misonicismo» con respecto a las creencias que están revolucionando el mundo, sean la gran fuerza propulsora de los más altos ideales de la vida que provienen de tales creencias.

No hay que olvidar que el ideal de las democracias sociales no consiste en crear grupos de mandarines para que nos gobiernen a «piacere», sino en la intelectualización inmediata del soberano, que es el pueblo, para que sea el verdadero director de sus destinos, pues ya nos ha dicho el mismo Agustín Alvarez entre otras verdades grandes como templos que, «las minorías gobiernan donde las mayorías son imbéciles».



De Colaboración

La nueva Cruzada

HUMBERTO TEJEIRA

S IEMPRE he tenido, no solo en el corazón sino también en el frío raciocinio, la creencia de que son necesarios cambios radicales en la organización de la vida social. Para mí no es el actual el mejor de los mundos posibles, y quiero suponer que ninguna persona dejará de conmoverse ante el espectáculo que encontramos en todos los climas y zonas: un proletariado que nace, trabaja por la necesidad, sufre mucho, y muere sin haber conocido un momento los fines trascendentales de la vida, ni siquiera las mínimas compensaciones que ella permite en medio de sus ineluctables abismos; de otro lado, existe una exigua minoría que ha acaparado para sí medios de vida fabulosos y realmente irracionales y desproporcionados a sus necesidades. Todos hemos pensado alguna vez en lo que sería la tierra si se suprimieran las guerras, el alcohol, el pauperismo. El siglo XIX en un arranque de fé creyó que todas esas plagas pueden suprimirse; creyó que a la humanidad se le puede lavar y redimir de guerras, vicios, hambre y las otras lacerías que hacen de ella el Gran Prometeo y el Gran Cristo simbólico. Uniformarla en la educación y en el trabajo, en los derechos y en las obligaciones, ponerla en situación de dar de sí lo mejor que contenga, haciéndole su única ocupación el regulado laboreo de las ciencias y las artes, nivelar definitivamente las clases, con el obrero cultivado y conseiente por arquetipo: de esta inmensa esperanza, caldeada con los sufrimientos de muchas generaciones arrastradas por los campos de batalla, por las minas y las fábricas malsanas y malpagadas, al dolor y a la muerte, nació el socialismo del siglo anterior, que ha venido a influenciar tan decisivamente la vida de las naciones.

A comienzos de esta centuria, con gran asombro de los espíritus tradicionalistas, el socialismo entrenó sus huestes, y arremetió con vigor contra los armatostes de la organización privilegiada y capitalista, y ha llegado a tener representación, y aun el control, en los Ministerios de las principales naciones europeas. Nadie ni aun la más conservadora de las instituciones, la iglesia católica, deja de admitir que en la vida actual hay un exceso de dolor y de miseria, de injusticia en suma, que está en la mano suprimir, y que debe ser suprimido; sólo que los poderes retardatarios se limitan a buscar un alivio apenas a ese mal, en tanto que el socialismo lo ataca en sus raíces pidiendo la remoción total del presente sistema de vida a base de propiedad privada y libre concurrencia, y propone el ensayo de nuevas fórmulas que se asegura realizarán el sueño hermoso y digno de todos los sacrificios, de obtener una humanidad mejorada y progresista. Los pobres se habían conformado durante milenios con la promesa de recompensas transvitales, pero ahora quieren su parte inmediata en las ganancias de esta tierra, las que dicen se deben tanto a ellos como a la minoría reguladora.

Intensa simpatía, si no adhesión absoluta, merece toda tendencia a la melioración de esa mayoría que en donde quiera trabaja y padece, que se gasta y se pierde oseuramente en labores meramente mecánicas y casi animales, sin elevarse jamás a hacer uso de la chispa de la idea, sin acercar los labios nunca a la copa de la vida intelectual y sentimental. Si hay un camino para traer esos rebajados a compartir la vida racional y progresiva, todos decimos: bienhallado ese camino; si hay algún genio capaz de señalar los me-

ños para esa transformación, todos decimos: bienvenido sea! Mas aquí comienza la divergencia, los medios que hayan de emplearse para regenerar a los hombres, los dividen en partidos y sectas que fomentan el antagonismo y el odio.

Al presente asistimos a un ensayo en la más vasta escala descable, de las extremas teorías socialistas, este ensayo es el bolshevismo. El campo de experimentación es esa Rusia prodigiosa que tiene todos los caracteres de un mundo nuevo dentro de las vetustas nacionalidades; esa Rusia de candores primiciales semejantes a las inmensidades nevadas de sus estepas; es lo cierto que ningún país moderno ha tenido la primavera de iluminados, videntes, profetas y mártires que floreció en la Santa Rusia en los últimos tiempos. ¿Habéis leído a Gogol, Dostoyeski, Bakounine, Sienkiewicz, a Gorki, al Tolstoy religioso y enorme como un océano polar?

Esa siembra de apostolado y de persecuciones, de hambre en las alturas y sangre en los caminos siberianos, ha culminado en la era roja actual.

Creemos que la revolución rusa se inspiró en grandes fines humanitarios, y que proclamó principios que no serán olvidados. El carácter de reacción violentísima que asumió, era seguramente determinado por la dureza y crueldad del régimen anterior, pues esa ha sido siempre la ley de las reacciones políticas. Pero el tiempo ha traicionado a la gran revolución; la oportunidad que tanto influye en los negocios humanos, ha sido funesta a la gran prueba de las nuevas teorías. Es creíble que Lenine y Trotzki no hayan tenido ninguna solidaridad, ningún compromiso con las ambiciones germánicas; pero su actuación fue favorable a esas ambiciones en la práctica, y de la inercia que los bolshes adoptaron frente al espadón medioeval del

Kaiser, pudo depender, y casi iba así sucediendo, que tal espadón llegara a constituirse en la regla del mundo entero.

Las democracias que luchaban con las últimas gotas de su sangre defendiendo el porvenir contra la garra prusiana, no perdonan hoy a Lenine y Trotzki aquella actitud pasible que consideran una deserción en la común empresa de vida o muerte. Es evidente que Alemania vencedora en el Oeste habría luego barrido en Rusia hasta la última semilla de libertad. ¿Por qué se empeñaron los bolshes en secundar ciegamente sus aviesos planes? ¿Complicidad o inconsciencia? El abandono que ellos hicieron en Brest-Litovsk de media Rusia y todo su porvenir en manos del Kaiser, dando por terminada la guerra, equivale a un suicidio, en todo caso.

Cuanto hay de tenebroso en estas cuestiones, de no sabido o voluntariamente ocultado, interesa profundamente no sólo a la curiosidad histórica sino al porvenir mismo del socialismo. El saber cómo ha vivido la Rusia al través de estos dos años de comunismo, lo que se legisló y lo que llegó a practicarse, el origen de las violencias y su verdadera extensión, los progresos obtenidos, todo esto constituirá un aprendizaje, del que podrán derivarse rectificaciones o afianzamientos para los postulados de la Ciencia social.

La supresión de la miseria y del dolor suprimibles, es un deber humano, y una causa que merece todos los esfuerzos. Un socialismo compatible con la libertad individual, que sepa conservar la iniciativa particular por hábiles resortes sustituidos al interés privado, es a no dudarlo el ideal del porvenir. Lenine y Trotzki parece que serán envueltos por la fatalidad histórica que los hizo aparecer como secundadores de la ambición germánica.

Armando Donozo, un crítico eminente

OCTAVIO MENDÉZ PEREIRA

El joven escritor chileno Armando Donozo es menos conocido entre nosotros de lo que se merece, aunque ocupa ya en la crítica americana un puesto igual por su modalidad y orientación mental al que ocupó Carlos Arturo Torres y semejante por su prestigio y cualidades de pensador, al que tienen ahora Francisco García Calderón, Antonio Gómez Restrepo, Zaldumbide, Henrí-

quez Ureña, Blanco Fombona o García Godoy. Conocedor profundo de las literaturas europeas, que puede leer en las mismas fuentes originales, y dotado al propio tiempo de un refinado gusto literario y una erudición reposada y serena, nadie le aventaja en el estudio artístico y científico de un autor representativo. Posee, acaso sin sospecharlo, pues es muy modesto, "ese don de adivina-

ción que hace de la crítica no una política literaria, sino una viva y ardiente interpretación.”

Así lo atestiguan su acabado ensayo intitolado «Menéndez Pelayo y su obra», con que hubo de revelarse crítico literario precocemente maduro, y los que luego siguieron, más profundos y cristalinos, «Los Nuevos», sobre la vigorosa y atrevida generación joven de Chile, «Lemaître, crítico literario», «La sombra de Goethe», en que estudia con amplio y recto criterio la literatura alemana contemporánea, «Bilbao y su tiempo», juicio entusiasta y liberal sobre ese rebelde iluminado y «Un filósofo de la Biología: Le Dantec», que revela sólidos conocimientos científicos a la vez que una habilidad de exposición inimitable por lo clara, por lo honda y por lo amena.

Otras obras ha dado a luz Armando Donoso, como «Una amistad literaria», «Vida y viajes de un erudito», «Pequeña Antología de poetas chilenos contemporáneos» y «En torno a la Metafísica», la última de él que ha llegado a nuestras manos.

Constituye este precioso ensayo un revoltar discretísimo al rededor de las proposiciones de Ingenieros relativas al porvenir de la filosofía y a la posibilidad de una renovación conciliadora de la metafísica pura “en los precisos momentos en que una pretendida reacción espiritualista prepara el camino a sutiles y elegantes efusiones, caras a los espíritus sedientos de inquieta idealidad, que advierten las conquistas de la ciencia con los temores con que los primitivos cristianos miraban la sana y viril realidad pagana.”

Reaccionando, ahora, cuando se habla de una crisis de la filosofía, contra las exaltaciones afectivas y contra la rancia ontología que todo lo subordinaba a la autoridad teológica o a un imperativo categórico moral, Ingenieros cree, y con él su distinguido comentador, escuchados ambos en las disciplinas críticas de la lógica y en los progresos positivos de las ciencias sociales y naturales, que la resurrección de la metafísica traerá como consecuencia una renovación de los problemas que fueron falsamente planteados, no con la pretensión de resolver los que aun parecen insolubles, sino con el espíritu de acercarse a ellos por métodos menos estériles y por caminos menos inseguros.

Así la metafísica, lejos de ser una oscura o enmarañada ontología vendrá a constituir una fuente clara y constante de conocimiento aproximativo, basado en hipótesis inexperienciales, pero lógicas, que acerquen cada vez más a la verdad. Y el sistema metafísico entero habrá de caracterizarse, en el

futuro, por su aspiración a una perfectibilidad continua e indefinida, por su anti-dogmatismo y por su impersonalidad y carencia de elementos afectivos.

La importancia de las explicaciones hipotéticas lógicamente legítimas “estará basada en la suma de conocimientos considerados como menos inseguros, de manera que, a la par del conocimiento exacto existirá el conocimiento probable, la hipótesis que siempre haga accesible la conquista de la verdad, la aproximación que sea un nexo entre lo legítimamente experiencial y lo lógicamente inexperiencial. Ni más ni menos que en el dominio de las matemáticas—y no olvidemos que las matemáticas deben ser consideradas como el lenguaje de la ciencia—será esta lo que una fórmula del cálculo de probabilidades aplicado al conocimiento objetivo del universo.”

Tienen razón, confiesa Donoso, quienes como Ingenieros no se contentan con los solos resultados de la experiencia en sus búsquedas especulativas, ya que existe algo más que la simple verificación inmediata cuando se va tras de la verdad. ¿Acaso habrá ciencia—se pregunta—que se contente con ser ciencia del simple dato aislado y no aspire a llegar a las generalizaciones fundadas en relaciones de causalidad y de continuidad substancial?

Si la insuficiencia actual de los métodos científicos nos oculta tras espeso velo mucho de lo que aun existe de mesurable en el universo, no parece lógico dudar que la física futura sea capaz de descorrer en parte ese velo, ya haciendo experiencial lo que antes era inexperiencial, dentro de la relatividad de las relaciones cambiantes del universo, ya permitiendo hipótesis o nociones más exactas de cuanto aun queda fuera del conocimiento. Y siempre subsistirá como un acicate del espíritu “la necesidad imperiosa de considerar que existen problemas que exceden momentáneamente la experiencia y pueden ser abordados mediante explicaciones hipotéticas.”

“La metafísica futura no se presentará, pues, concluye Donoso, como una síntesis de las ciencias, en el sentido en que pudo comprenderla el positivismo, ni como una vaga adivinación mística, sino que, siendo lo inexperiencial el objeto de sus hipótesis, permanecerá fuera de las ciencias; pero “estando lo inexperiencial, dice Ingenieros, condicionado por lo experiencial, la legitimidad de sus hipótesis no es independiente de las ciencias”; pudiendo en suma llegarse a la definición que la metafísica tendrá por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales.” Por lo demás,

como afirma nuestro autor, nadie puede asegurarnos que lo inconocible de hoy no sea lo conocible de mañana y que sus medidas futuras no lleguen a registrar hasta las nociones de causalidad más remotas...

Optimista sano y consciente, apóstol fervoroso y entusiasta del progreso racional, Armando Donoso no será nunca de los que se atreven a proclamar el fracaso de la ciencia porque ésta no puede entrar de lleno en la finalidad de las grandes causas y en los eternos secretos del cómo y del cuándo. "El bienestar de las democracias presentes—dice—se cifra en un anhelo de verdad y de justicia y si en su nombre a veces Calibán llegó hasta los crímenes de lesa humanidad, extravíos inevitables fueron esos frecuentes en todo proceso de perfeccionamiento. Sin embargo, ¿quién nos asegura que el tiempo, al cual Platón le pedía coronas de rosas, no obre el prodigio de hacer nacer mañana un par de alas sobre las espaldas deformes del monstruo de los instintos viles?"

Es el mismo optimismo y la misma fe en el porvenir que pone en todas sus obras. Sin el más ligero asomo de pedantería, con tersa claridad y galanura de expresión, el joven crítico trata los más arduos asuntos filosóficos, artísticos o literarios, cuya marcha evolutiva él sigue hasta en sus menores detalles. Su labor se concreta en ideas, "en

ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastro y mármoles," según la alabanza de Darío para el maestro de «Ariel». "Las ideas y las emociones, ha dicho el mismo Donoso, en uno de sus libros, estarán más cerca de nuestra sensibilidad, mientras mayor sea el atractivo del vaso que las contenga. ¿Por qué negar entonces esa belleza que no es más que un modo de expresión, como la nota en el canto, la cuerda en el instrumento y el color en la tela? Si la emoción estética ha de ser perdurable donde haya armonía, ¿por qué tratar de destruirla? ¿Por qué no conservar toda sensación de belleza en el cristal de una forma pura?"

Espíritu abierto a todas las corrientes humanas del saber, sin dogmatismos sectarios, amplio, sereno e inteligente, Armando Donoso realiza el tipo del escritor más simpático para la juventud estudiosa de nuestro continente. Siga por ese camino, sencillamente, discretamente, y esa juventud le proclamará su maestro como a Rodó, y esa juventud aplaudirá emocionada y sincera su propósito de levantarse, como diría García Calderón, sobre la parcialidad benedictina del análisis, sobre la frivolidad estéril de la hora, y de dar a su espíritu el grave recogimiento que conviene a la celosión de futuras obras durables.



Aquilataciones

La leyenda benaventina

NEMESIO CANALES

“La Comida de las fieras”

SATIRA, una gran sátira social, dicen que es esta obra, de la cual, también, estoy oyendo piramidales elogios casi desde que vine al mundo. Y como no estamos, ni el lector ni yo, para perder el tiempo en preámbulos, vámonos al grano en seguida.

Ante todo, sepamos quienes son los personajes principales y qué les ocurre. Son Victoria e Hipólito, un matrimonio hispano-americano que reside en Madrid desde hace algún tiempo. Y les pasa... la cosa más natural del mundo; que se han arruinado a fuerza de vivir en grande, dando rumbosas fiestas que les costaban un sentido, entrampándose, jugando a la Bolsa, y en general resbalando por la conocida pendiente que conduce a las garras del usurero y de éstas a la ruina.

Pero... ¿y eso de las fieras, dónde lo encaja el autor? Lo vamos a ver en seguida. Las fieras son don Fermín, don Fernando, Tomillares... En resumen, el todo Madrid que asiste a las fiestas sonadas. Estas gentes, a la par que comen, beben, juegan, bailan y se regodean muy a su sabor con el dinero que derrochan los consortes americanos Hipólito y Victoria, murmuran de ellos y, pícotazo aquí, picotazo allá, los van despieceando, hasta que se acaba el dinero y viene el derrumbe final.

Esa es la obra en síntesis, en la más honrada y escrupulosa de las síntesis. Ya puede usted, receloso lector, cansarse de escudriñar, que por mucho que busque no ha de encontrar sino lo que le acabo de decir. Pero... ¿y la sátira, la serie de furibundos y saludables trallazos que dicen que el autor descarga sobre el lomo del gran público madrileño de copete? Pues la sátira, amigos, es esa: el presentar a la sociedad madrileña devo-

rando el dinero de la pareja americana protagonista y a la par murmurando de ellos y mostrando hasta su poquitín de maligna complacencia en sentirles caer. Dígame ahora si puede haber nada más raquíutico en el mundo, como sátira y como drama, que esta creación benaventina. Desde el punto de vista del drama, ¿cómo puede nadie interesarse en serio en espectáculo tan trivial, tan sin contenido artístico, como este de unos tontos que derrochan vanidosamente lo que tienen y se arruinan? ¿Que la ruina es siempre cosa seria, grande y triste? Si. También es cosa seria, grande y triste la caída desde un quinto piso, o el aplastamiento bajo las ruedas de un carro, o la parálisis, o una pulmonía; sin embargo de lo cual, a nadie se le ocurriría calificar de drama uno cualquiera de estos accidentes desgraciados. Son tristes y conmueven, pero no son más que un hecho y como tal sin valor artístico de por sí. Si bastara con relatar un incidente adverso de éstos para hacer un drama, ¿qué ser humano no tendría derecho a la calificación de autor dramático?

Y desde el punto de vista de la sátira... peor. Es sátira, sí, convengo en ello, pero de la misma índole superficial y baladí que la de presentar una asamblea de mujeres dispersándose a la vista de un ratón. Decírcle en son de sátira al público madrileño, o de otra parte, que gusta de las fiestas, y que en esas fiestas se le desata la lengua y habla mal hasta del que paga la fiesta... dígame si no es, como arma satírica, una menecatez mayor todavía que la de decírcle a las mujeres que les tienen miedo a los ratones. Todo es fustigar, pero fustigar a quien, como el público, la llamada alta sociedad, tiene tantas hechas, echándole en cara peccadillo tan venial, tan general y tan viejo como ese de la comida de las fieras, realmente ni en un púlpito de aldea tendría perdón. ¿Es sólo ese peccadillo de la mur-